

**Universidad Nacional de La Matanza**  
**Departamento de Derecho y Ciencia Política**

**“Ciudadanía, derecho y biopolítica: entre la producción de sujetos y los modos de  
subjetivación”**

**DER 007**

**Director: Prof. Tomás Várnagy**

**Investigadores: Luis Blengino / Diego Baccarelli Bures / Antonio Sanles**

**Informe final**

Marzo de 2010

Registrado en Dirección Nacional de Derecho de Autor  
Expediente N° 946.158 el 27/7/2011  
Todos los Derechos Reservados. SECyT-UNLaM

## Introducción General

En el último cuarto del siglo XX asistimos a la consolidación del modelo de acumulación neoliberal. Dicho modelo cuenta entre sus características con el desarrollo de políticas tendientes a la modificación del rol del Estado en los distintos ámbitos de las políticas públicas, fundamentalmente en el área económica y correlativamente, por supuesto, en las políticas sociales, de acuerdo a la canónica de las reformas estructurales establecida por el Consenso de Washington y los diagnósticos y políticas propugnados desde los organismos internacionales de crédito.

Entre dichas reformas ha sido de gran relevancia la atinente al mercado de empleo que nosotros conocemos como flexibilidad laboral; reforma que constituye la contracara jurídica de las transformaciones del modelo productivo y de utilización de la fuerza de trabajo.

El pasaje del paradigma fordista de producción al toyotismo se cristalizó en nuestro país de manera dramática con la instalación de la precariedad laboral y el desempleo a gran escala, que significaron un cambio sustantivo en la posición de los trabajadores dentro de la sociedad, cobrando visibilidad central el trabajador precario y el desocupado, cuya figura límite será la que Robert Castel denomina “supernumerario” (Castel, 1999), que se presenta como contrafigura del tipo ideal del Estado de Bienestar.

Es en ese contexto que se instala el debate de lo que el campo intelectual especializado denominó como “la nueva cuestión social”.

Robert Castel, en *Las metamorfosis de la cuestión social* analiza el problema elucidando la diferencia entre la cuestión social tal como fuera planteada en el siglo XIX y la nueva cuestión social; pero en cualquier caso, de lo que se trata según este autor, es de “la problemática de la integración o de la anomia” (Castel, 1999, 15).

En primera instancia, la cuestión social surge en torno a la visibilización del pauperismo, esto es: a partir de la “toma de conciencia de las condiciones de vida de poblaciones que eran a la vez agentes y víctimas de la revolución industrial”, y que se presentaba como una incongruencia entre “un orden jurídico político fundado en el reconocimiento de los derechos del ciudadano, y un orden económico que suponía miseria y desmoralización masivas”. *Lo social*, situado en esa escisión, se presenta como un campo

de intervención en que se desarrollarán los dispositivos que constituirán “sistemas de regulación que no son los del mercado, instituidos para tratar de llenar esa brecha” (Castel: 1999, 20). Se trataba de la integración de los sectores pauperizados de la sociedad, que constituían la fuerza de trabajo necesaria para el proceso de industrialización.

De allí en más, se sucede un cambio en la posición de los trabajadores que Castel periodiza mediante tres condiciones, a saber: condición proletaria, condición obrera, condición salarial (Idem., cap. 7). Dicha serie corresponde al ciclo de transformaciones de la sociedad industrial, entre cuyos correlatos se halla la construcción y conquista de derechos sociales asociados a la inclusión en el mercado de empleo, que se consumará en la “condición salarial” cuyo punto más álgido se ha dado en el Estado de Bienestar.

Entre las características salientes de éste contexto se encuentra la situación de casi pleno empleo, que en conjunción con el sistema de protecciones al trabajo y los derechos sociales constituidos en torno al mismo, dieron lugar a una condición en que los trabajadores tenían una participación en el ingreso ostensiblemente mayor que en la actualidad y por cierto, un grado de acceso al consumo inédito dando lugar a lo que Castel denominó como “asalariado burgués”; en esta dirección, el trabajo pasó a ocupar el lugar central como instancia de integración en la sociedad capitalista, y fundamentalmente como constitutivo de la identidad en términos de trayectoria de vida y expectativas de las personas, sobre la base de la certidumbre respecto a la posesión de un empleo estable y bien remunerado.

Pero notablemente, esa identidad terminó siendo mucho menos una identidad de clase que la consumación de una posición individual en la estructura social. Dicho status se consolida en el pasaje de la “condición obrera” a la “condición salarial”, en el que la clase obrera deja de representar el lugar óptimo en la estructura del salariado.

La condición obrera significó una transformación de enorme envergadura en el mundo del trabajo y en la relación salarial en particular, y concomitantemente en el posicionamiento de la clase trabajadora en la sociedad, así como de la ponderación de sus luchas y por ende de su conciencia de clase.

Sin embargo, con la “sociedad salarial”, esto es, con la generalización del salariado y la profundización de las conquistas de la clase obrera en los términos de la transformación de las mismas en derechos para todos los escalafones de la clase

trabajadora, la “condición obrera” no se consolidó como modelo o como tipo ideal de la subjetividad del trabajador;<sup>1</sup> lo que se constituyó como modelo fue ese “asalariado burgués” cuyo ideario se encontraba lejos del ideario cultural de la clase obrera.<sup>2</sup>

Pero lo que en todo caso se consolidó, fue una idea de bienestar vinculada a la posesión de un empleo, que implicaba no sólo estabilidad en el puesto de trabajo, sino un conjunto de protecciones que sumadas al salario garantizaban el acceso a bienes y servicios. De este modo, la integración a la sociedad estaba dada en primera instancia por el mercado de trabajo: la posesión de un empleo aseguraba un lugar reconocido en la estructura social, y un puesto en el sistema de intercambios.

Las políticas sociales entendidas como distribución secundaria del ingreso, debían ocuparse, aunque no exclusivamente sí fundamentalmente, de los sectores de la población que aún no habían accedido al mercado de empleo y a aquellos que no podían hacerlo.

Volvamos a Castel para ver esta distinción, que corresponde a lo que él denomina una “handicapología”. Se trata fundamentalmente de la distinción prácticamente taxonómica entre aquellos que no pueden garantizar los ingresos que le permiten vivir mediante el trabajo, y aquellos que pueden trabajar pero no lo hacen sea por las razones que fuere.<sup>3</sup> Los primeros “tienen en común el no poder subvenir a sus necesidades básicas porque no están en condiciones de trabajar. Por tal razón se los desliga de la obligación del

---

<sup>1</sup> Castel lo sintetiza del siguiente modo: “La clase obrera fue destituida de la posición de punta de lanza que ocupaba en la promoción del sector asalariado. Esquematizando la transformación que se produjo en unos cuarenta años (desde la década de 1930 hasta la de 1970), diríamos que el “particularismo obrero” no fue abolido, pero dejó de desempeñar el papel de “atractor” que había sido el suyo en el proceso de constitución de la sociedad industrial. El sector asalariado obrero fue literalmente vaciado de las potencialidades históricas que le asignaba el movimiento obrero. La condición obrera no había generado otra forma de sociedad, sino que sólo se había inscrito en un lugar subordinado de la sociedad salarial.” (Idem, p. 352 – 353)

<sup>2</sup> “En este contexto, a una nueva constelación salarial se le asignó la función de “atractor”, con la tarea de “arrastrar” la dinámica social, del mismo modo que se dice que determinado sector industrial o comercial “arrastra” el crecimiento económico de toda una sociedad. Asistimos entonces a una cuasi mitologización de un perfil de hombre (y, accesoriamente, de mujer) eficaz y dinámico, liberado de arcaísmos, a la vez sereno y realizador, gran trabajador y gran consumidor de bienes prestigiosos, de vacaciones inteligentes y viajes al extranjero, liberado de la ética puritana y ahorrativa, del culto al patrimonio y del respeto a las jerarquías consagrada, a diferencia de la burguesía tradicional.” (Idem, p. 366)

<sup>3</sup> “Las poblaciones que son objeto de intervenciones sociales difieren fundamentalmente según sean o no capaces de trabajar, y en función de este criterio se las trata de maneras totalmente distintas.” (Castel: 1999, p. 29)

trabajo” constituyéndose como los “clientes potenciales de lo *social-asistencial*” (Idem, p. 29)<sup>4</sup>.

La condición de los miembros del segundo grupo es bien diferente; corresponde a lo que Castel identifica en su revisión histórica bajo la figura del “indigente válido” y que luego analiza en torno a la del “vagabundo”. Esta reconstrucción histórica es no sólo ilustrativa sino sugerente para la lectura acerca de la condición del precariado contemporáneo y de los supernumerarios; relación que por cierto el propio Castel desarrolla. Entre las viejas figuras y las contemporáneas se pueden establecer similitudes y diferencias. Ambas parecen hallarse “en falta con relación al imperativo del trabajo”, pero entre las primeras a las segundas media un proceso que va “de la tutela al contrato”, pero que también va de la ponderación negativa del trabajo como sinónimo de necesidad y minusvalía a la ponderación positiva que identifica al trabajo con la dignidad de la persona y en definitiva como factor constitutivo de identidad y legitimación de la pertenencia a la comunidad.

Precisamente por esta dimensión más reciente del trabajo, por esta segunda significación social, es que la condición actual de los precarios y desocupados difiere de la primera.

En el contexto del Estado de Bienestar, la contracara del casi pleno empleo era la expectativa que cualquier desocupado podía compartir acerca de las posibilidades efectivas de conseguir un empleo; pero esas expectativas se nutrían en la existencia de un mercado de trabajo con empleos de calidad y una alta tasa de ocupación. Este es uno de los elementos centrales que distorsiona el neoliberalismo y las transformaciones del modelo productivo a escala planetaria.

Aquellas primeras figuras de los inválidos como las de los “indigentes válidos” y los vagabundos implicaban una suerte de cuestión social en la sociedad preindustrial: “La interdependencia cuidadosamente armonizada de los diversos estatutos en una sociedad de órdenes se veía amenazada por la presión de todos los que en ella no encontraban su lugar a partir de la organización tradicional del trabajo.” (Castel, 1999, p. 21) De allí la relevancia

---

<sup>4</sup> En este primer grupo Castel incluye a los “ancianos indigentes, niños sin padres, lisiados de todo tipo, ciegos, paralíticos, escrupulosos, idiotas (...)” (Idem, p.29)

de la figura del vagabundo, que Castel la ubica en el desfasaje entre las relaciones de producción y la fuerza de trabajo.

Una cuestión social se planteó de manera explícita en el siglo XIX, pero también de modo diferente a la nueva cuestión social: “El trabajo del peón o del obrero especializado, el obrero especializado de las últimas grandes luchas obreras, explotados sin duda, no por ello era menos indispensable. En otras palabras, seguía ligado al conjunto de los intercambios sociales. Aunque ocupando el último rango, formaba parte de la sociedad, entendida –según el modelo de Durkheim- como un conjunto de elementos interdependientes. (...) Pero los “supernumerarios” no son siquiera explotados: para serlo hay que tener pericias convertibles en valores sociales. Son superfetatorios. No se advierte como podrían representar una fuerza de presión, un potencial de lucha, puesto que no gravitan en ningún sector neurálgico de la vida social. Sin duda, de este modo se inaugura una problemática teórica y práctica. Si ya no son “actores” en el sentido propio del término, porque no *hacen* nada socialmente útil, ¿cómo podrían existir socialmente? Desde luego, por “existir socialmente” entendemos ocupar un lugar en la sociedad. Pues, al mismo tiempo, están muy presentes, y éste es todo el problema, ya que están de más.” (Idem, p. 22)

En este último punto nos separamos de Castel y planteamos nuestras discrepancias.

Efectivamente la precariedad se ha constituido como la forma típica del empleo en el capitalismo contemporáneo, y el problema de una población excedentaria debe encontrarse en el centro de la cuestión política e intelectual. Pero desde nuestra perspectiva, los “supernumerarios” no carecen de utilidad social, ni dejan de ser actores.

Desde la perspectiva biopolítica de Michael Foucault, la distinción entre segmentos poblacionales al interior de una población que habita en un territorio determinado obedece, tanto al desarrollo del saber estadístico y demográfico, como al cálculo económico-político que pone estos saberes al servicio de lograr sus fines, es decir, producir una población útil económicamente y dócil políticamente.

A partir de ese marco que nos ofrece el pensamiento foucaultiano, la noción de “supernumerario” que hace referencia a una población excedentaria deja de ser una categoría explicativa excluyente, y nos obliga a preguntarnos por una parte, acerca de su

utilidad antes que suponer su inutilidad, y por otra, por su posible indocilidad, antes que afirmar su pasividad.

La categoría de población en la visión foucaultina implica un modo sujeción biopolítica que busca la maximización de su utilidad y la minimización de su potencial político.

Según la interpretación de Jacques Rancière, ésta es la forma que adopta la contemporánea división policíaca de lo sensible. Así, el gobierno estadístico de la población, la exclusión de determinado *target* poblacional de determinados beneficios o perjuicios, obedece a un modo policial radical consistente en despolitizar a la sociedad a partir de una doble táctica productora por un lado de individuos libres atomizados en busca de su propio interés, y por otro, en la estabilización de ciertos indicadores sociales considerados ‘sensibles’ para el gobierno en tanto que probables focos de politización de los sujetos.

¿Cuál es entonces la utilidad de los supernumerarios? ¿En qué consiste su docilidad política?

Con el fin de esbozar una línea argumentativa que nos permita avanzar sobre esta compleja cuestión debemos recurrir a la problematización foucaultiana de la figura del delincuente.

A comienzos de los años '70 cuando aún Foucault no había forjado el concepto de biopolítica, señalaba por una parte, el significado plebeyo de la categoría “pueblo”, mientras que por la otra identificaba como una de las principales estrategias de la burguesía la división entre una plebe proletaria y una plebe no proletaria que, a partir de la creación de un enfrentamiento interno al mismo pueblo y de la distinción entre asalariados y delincuentes, como método de defensa contra la sedición, era capaz de anular al pueblo en tanto sujeto de una voluntad política común. He aquí una de las claves para comprender la utilidad política de los “supernumerarios”.

La otra la hallamos cuando hacia 1975 Foucault retoma esa misma idea señalando a la prisión como el modo de producción del hampa, del crimen organizado, a partir de la misma división poblacional. Como señala en una entrevista titulada *De los suplicios y las celdas* “el resultado de esta operación supone a fin de cuentas un enorme beneficio económico y político. Un beneficio económico: sumas fabulosas proporcionadas por la

prostitución, el tráfico de drogas, etc. Un beneficio político: cuantos más delincuentes haya, mejor acepta la población los controles policiales, sin contar el beneficio de una mano de obra asegurada para los sucios trabajos políticos...” (Foucault, 1991: 86).

He aquí, entonces, la doble utilidad económica y política de la clasificación de un segmento estigmatizado como “sobrante”. Si en términos económicos, constituyen un estrato altamente rentable en tanto pasan a formar parte del circuito del mercado informal y del crimen organizado, a la vez no dejan de ser altamente útiles políticamente en tanto agentes privilegiados para la introducción de los dispositivos de despolitización y docilización política.

En efecto, no sólo son el producto de la división policial que busca generar el enfrentamiento (policial, no político) al interior de los sectores populares, sino que la presencia de los “supernumerarios” constituye por un lado, el factor determinante para el avance y el despliegue masivo de los dispositivos de seguridad como reacción ante los riesgos que representan, y por otro, son el disparador y la piedra de toque de todos aquellos discursos políticos que fundan su legitimidad en las cuestiones de inseguridad y que pretenden reducir la acción gubernamental a mera gestión de los riesgos y peligros, despolitizando a la sociedad.

Por lo tanto, antes que “supernumerarios” o una “población excedente”, nos encontramos con la producción de un cierto sujeto normal en su anormalidad y útil en su inutilidad pues estos sujetos anormales (disfuncionales) desde el punto de vista del gobierno biopolítico constituyen una curva de normalidad que mantenida en ciertos límites aceptables (normales, rentables) será funcional al mantenimiento del dispositivo de seguridad. Bajo la lógica de la seguridad, este segmento poblacional, será el lugar de producción de ciertas anormalidades controladas para reforzar ese dispositivo que no busca su eliminación inmediata, sino que se apoya en esas disfuncionalidades para mantenerlas en ciertos límites no peligrosos y útiles en su no-peligrosidad.

En el 2008 Silvia Schwarzböck, en un artículo que se ocupa de estas cuestiones, aunque desde otra perspectiva, señala con una claridad estremecedora que “no debe haber imagen más triste que la de un pobre que no da miedo” (Schwarzböck: 2008: 24). Hemos pretendido mostrar el reverso complementario de esta afirmación, en el contexto de expansión de la biopolítica y de los dispositivos de seguridad: “no hay imagen más útil



que la de un pobre que da miedo”. Si la primera sentencia remite a la despolitización de la sociedad en su conjunto, pero especialmente a la expropiación de la voluntad de combatir de los sectores populares, la segunda pretende dar cuenta de la profunda transformación social que llevó de la militancia a la delincuencia, es decir de la indocilidad política a la rentabilización económica de esa expropiación de la voluntad política de luchar, convertida ahora en libertad -controlada- para asustar.

Una vez explicada de esta manera la utilidad de los “inútiles” resta aún preguntarse por la posibilidad de su indocilidad política. Esta pregunta puede retomar la interrogación foucaultiana acerca de cómo convertir al delincuente en militante, al marginal superviviente en actor político o puede volver a formular la pregunta política crucial de la época de las sociedades de seguridad: cómo se construye un pueblo, *i.e.* un modo de subjetivación política, en la época de las neutralizaciones políticas.

Esta cuestión debe tener en cuenta dos dimensiones: en primera instancia, el concepto de delincuencia manejado más arriba no alude a una identificación inmediata de los delincuentes con los pobres, por el contrario, se trata de una construcción biopolítica de subjetividad que funciona como operador de la división al interior de los sectores populares; no es una virtualidad, sino una operación biopolítica; en segundo lugar, apoyada sobre la pretensión de la producción de una fractura biopolítica al interior de los sectores populares con el fin de desactivar su potencial político, la subjetivación política deberá forjarse los medios de sortear la trampa de esta fractura. En efecto, la creación de un pueblo no puede ser otra cosa que el intento de salir de este dispositivo que pretende distinguir entre plebe proletaria y plebe no proletaria o lumpenproletaria.

Preguntemos nuevamente, entonces, ¿cómo es posible borrar esta frontera policial, biopolítica?

Hoy, la gubernamentalidad biopolítica es la dominante del triángulo soberanía-disciplina-gobierno, constituye el modo de excluir amplios sectores de la sociedad de su utilización económica formal (como vendedores de su fuerza de trabajo en el mercado de empleo formal), para constituirlos en sujetos útiles y dóciles políticamente en tanto que disponibles para su utilización por la política clientelar, y/o como una bolsa de desempleados permanentes, estructurales, con la doble función de infundir temor y reforzar el dispositivo de seguridad. Por un lado, en tanto que desempleados su medio de

vida en algunos casos (siempre controlados estadísticamente para mantenerlos en un nivel normal o favorable, es decir no peligroso) se vuelve la delincuencia cuyo papel político es evidente en relación con la conservación y ampliación del dispositivo de seguridad; por otro lado, constituyen una masa disponible a entrar en cualquier momento en el mercado convirtiéndose en una amenaza permanente para quienes ya están en él al correrse el eje de la competencia laboral hacia el eje de una competencia en el marco del empleo/desempleo, lo que hace de los trabajadores una fuerza políticamente dócil pues imposibilita la lucha por mejoras en las condiciones de trabajo y salario dado que se vuelven fácilmente reemplazables por quienes desde afuera –aunque siempre adentro– amenazan con ocupar sus puestos.

Se los constituye en sujetos útiles económicamente al asignarles como su lugar de trabajo aquel circuito laboral prohibido aunque permitido: drogas, prostitución, tráfico de armas, secuestros, etc. que lejos de ser una disfuncionalidad del dispositivo de seguridad permiten en gran medida su sustento político y económico dada la masa de dinero, bienes y personas que manejan. Reclutando trabajadores del conjunto de desempleados se generan puestos de trabajo no reconocidos como tal y por tanto sin beneficios sociales, como son los traficantes y las prostitutas pero también los trabajadores esclavos, los agentes del juego clandestino, los vendedores ambulantes, etc. A la vez, la existencia de estos trabajos prohibidos infla el dispositivo de seguridad encargado tanto de perseguirlos como de no encontrarlos casi-nunca requiriendo más mano de obra para su servicio (policía, seguridad privada, etc.), mano de obra que se reclutará sobre todo de estos sectores populares siempre a la mano, reproduciendo siempre un conflicto no político, sino biopolítico al interior de los sectores populares.

En este sentido, el proyecto se propuso avanzar hacia la búsqueda del modo en que Foucault se ocupa conceptualmente del pueblo como un modo de resistencia que se sustrae y enfrenta tanto a la dicotomía obediente/delincuente cuanto a la producción de población económico-natural, y lo hace en tanto que sujeto de voluntad política soberana.

## Foucault y la resistencia a la biopolítica

En el año 2004 fueron publicados por *Seuil/Gallimard*, bajo el título *Sécurité, Territoire, Population*, la serie de clases que Michel Foucault dictó en el *Collège de France* entre el 11 de enero y el 5 de abril de 1978, y *Naissance de la Biopolitique*, las clases dictadas entre el 10 de enero y el 4 de abril de 1979, ambas editadas en castellano por Fondo de Cultura Económica en el año 2006 y 2007 respectivamente. En el análisis de dichos cursos que giraron en torno de la relación entre liberalismo y biopolítica se ha apoyado nuestro proyecto de investigación para comenzar la indagación de la relación entre ciudadanía, derecho y biopolítica. Tal lectura nos condujo hacia el tratamiento del problema en la obra de Giorgio Agamben, y de allí hacia la de Hannah Arendt.

En las tres primeras clases del curso *Seguridad, Territorio, Población* Foucault se ocupa de los dispositivos de seguridad como una de las formas en que el biopoder se ha organizado en occidente; forma opuesta y complementaria de la disciplina que ya había sido analizada en *Vigilar y Castigar*. Como complemento de aquellos dispositivos disciplinarios que tenían por objeto el cuerpo individual para volverlo útil y dócil se despliega un poder de seguridad cuyo objeto es el cuerpo colectivo de la población. Este poder, también analizado bajo la categoría de biopolítica, persigue la finalidad de mantener estabilizada a la población dentro de los límites de ciertos índices considerados normales, es decir productivos económicamente y no peligrosos políticamente.

En las clases restantes Foucault se ocupará de hacer una historia de la ‘gubernamentalidad’ para desentrañar la compleja relación que se juega al interior del triángulo gobierno-población-economía política, es decir: para comprender qué es eso que llamó biopolítica.

Allí se ocupa del nacimiento del poder pastoral, de la Razón de Estado y del poder de policía. De este modo, del estudio de los dispositivos de seguridad, el pensador francés pasa al de la ‘gubernamentalidad’, problemática que lo ocupará hasta su muerte; será en torno a la cuestión del gobierno de sí y de los otros que se problematizará la relación entre poder y resistencia.

A nuestro juicio este curso dictado en el año 1978 es de una importancia capital para comprender el itinerario intelectual foucaultiano, ya que oficia como una suerte de

bisagra que permite comprender mejor el viraje que va desde *la Voluntad de Saber* hasta *El uso de los placeres* y *La inquietud de sí*, ya que en él se desarrollan, entre otras, tres ideas claves: en primer lugar, se pasa de un estudio microfísico del poder hacia el análisis de formas globales de gobierno que se ejercen sobre la ‘naturalidad’ del cuerpo de una población en tanto que cuerpo-especie; en segundo lugar, en estas clases comienza a verse el nacimiento de una preocupación creciente en Foucault por el gobierno en toda su complejidad, creando la categoría de ‘gubernamentalidad’ que le permitirá articular las diversas ramificaciones de su itinerario intelectual. Surge la cuestión del gobierno pastoral de las almas, del gobierno biopolítico del cuerpo-especie, del gobierno político de los otros y del gobierno ético de uno mismo, a la vez que comienza a aparecer la problematización de la relación entre el gobierno de sí y de los otros, es decir la relación entre la ética, la política y la biopolítica; en tercer y último lugar, en la clase del 1° de marzo, Foucault se ocupa de la delimitación categorial de la resistencia como nunca antes lo había hecho. Es así que acuña el concepto de ‘contraconducta’ para pensar las relaciones de resistencia frente a un poder gubernamental orientado a la conducción de conductas.

De la relación entre política y biopolítica como una de las posibles articulaciones entre estos tres puntos que hemos señalado nos ocuparemos en adelante.

En nuestra investigación hemos establecido como uno de los posibles hilos conductores para una lectura de este curso la exploración de qué es aquello que opera –y cómo lo hace- en tanto que resistencia frente a las relaciones de poder que Foucault denomina biopolíticas.

Con esta finalidad, en primer lugar, pudimos examinar el modo en que Foucault caracteriza la relación entre los diferentes dispositivos de poder y cuál y cómo es el sujeto que aparece como correlato de cada uno de ellos; luego, procuramos interpretar, a través de la categoría de contra-conducta, la afirmación foucaultiana según la cual el pueblo es el sujeto que se resiste a ser tratado como población para así, por último, delinear algunas de las posibles conclusiones que a nuestro juicio se podrían desprender de nuestra propuesta de lectura.

En la clase del 11 de enero de 1978 Foucault señala que la relación entre los dispositivos de soberanía, de disciplina y de seguridad debe ser comprendida bajo la hipótesis de que constituyen un triángulo cuyo funcionamiento interno consiste en una

dominante con sus subordinadas y que al cambiar la dominante cambia el blanco principal, el sujeto, de los mecanismos de poder: si bajo la dominancia del mecanismo disciplinario el sujeto es el individuo útil y dócil, bajo la de la soberanía es el pueblo-súbdito, bajo la del gobierno es la población.

Pues bien, en la clase del 18 de enero, según el esquema poder-resistencia, Foucault sitúa de un lado la población como sujeto de la gestión gubernamental y del otro al pueblo en tanto que sujeto de la resistencia. ¿Cómo debe comprenderse esta relación? ¿Cuáles son las características de ambos sujetos contrapuestos? ¿Qué debe entenderse por pueblo como sujeto de resistencia?

Nuestra hipótesis de lectura basada en el modo foucaultiano de analizar el esquema poder-resistencia de su clase del 1º de marzo de 1978, supone la distinción entre la población concebida a partir del concepto de conducta y al pueblo a través del de conducta; si la primera es el sujeto de la biopolítica, el segundo es el sujeto de la política en tanto que sujeto de la soberanía.

En este sentido, interpretamos que es a partir de la categoría de ‘pueblo’ como resistencia, que se puede pensar la soberanía popular como inversión de la relación dominante-subordinada dentro del triángulo de lo político, o como llama Bidet, “el triángulo de lo heterogéneo” (Bidet, 2006: 20), lo cual permite pensar de otro modo la oposición entre liberalismo y democracia.

En las clases del mes de enero de 1978 Foucault tipifica los diagramas de poder a partir de la elaboración de tres diferentes paradigmas: el de soberanía, el de disciplina y el de seguridad. El paso de un mecanismo a otro no se da en la forma del reemplazo sino en la de una readaptación funcional entre los elementos previos de un sistema y los nuevos. Esta readaptación funcional será la que permita comprender el funcionamiento de dicho triángulo. Así, en la clase del 11 de enero Foucault afirma que “lo que va a cambiar es sobre todo la dominante, o más exactamente, el sistema de correlación entre los mecanismos jurídico legales, los mecanismos disciplinarios y los mecanismos de seguridad” (Foucault, 2006: 23).

En este triángulo las relaciones varían según cambie la dominante y éste es el modelo que permite captar las diferentes distribuciones del poder en los diversos momentos históricos de las sociedades. En este sentido, debe comprenderse el análisis

foucaultiano relativo al nacimiento de la biopolítica en el contexto más amplio de la gubernamentalidad liberal, es decir, por un lado, el proceso que culmina en la gubernamentalización de Estado, esto es en el gobierno como la dominante o determinante del triángulo soberanía-disciplina-gobierno, y por otro, en la emergencia de la subserie gobierno-población-economía política-seguridad; en palabras de Foucault, hay que “estudiar al liberalismo como marco general de la biopolítica” (Foucault, 2007: 40)

El sujeto que emerge como el correlato de los dispositivos de soberanía es el sujeto de derecho, el súbdito, el pueblo como conjunto de sujetos de voluntad -obediente o desobediente- con ciertos derechos y obligaciones impuestas por la voluntad soberana. El correlato del dispositivo disciplinario será el individuo normal, es decir, útil económicamente y dócil políticamente. Sin embargo, en la medida en que cambia la dominante también lo hace el sujeto de la nueva organización de poder. De este modo, el correlato de los dispositivos de seguridad será el nuevo sujeto colectivo que aparece en el siglo XVIII: la población, en tanto que conjunto de procesos que se deben gestionar en sus aspectos naturales y a partir de ellos.

De esta manera, la ‘naturalidad’ de la población se vuelve el objeto del gobierno en tanto que ésta no es un dato básico sino un observable dependiente de una serie de variables que se deberán conocer para modificarlas y con ellas modificar el cuerpo de la misma.

Se concibe entonces al poder como una acción sobre las posibles acciones, en la medida que el poder biopolítico debe actuar sobre factores aparentemente lejanos, determinando el campo posible de la acción. El efecto de esta determinación del campo de la acción posible será la conformación de un determinado cuerpo colectivo llamado población.

En la medida en que la población está compuesta por sujetos libres y diferentes que a través de sus comportamientos variables producen en el nivel del sujeto colectivo ciertas regularidades y constancias como proporción de muertes, nacimientos, enfermedades, suicidios, etc., la acción del poder sobre el posible campo de acción de los sujetos opera de manera mediata sobre ellos sin necesidad de apelar a su obediencia pues sólo pretende actuar sobre el medio acondicionándolo; es el modo como el gobierno biopolítico se ejerce sobre una población.

Como hemos señalado, en la clase del 18 de enero, Foucault sostiene que el sujeto que se resiste a ser gobernado como población es el pueblo. Así, afirma que “en ese dibujo que comienza a esbozar la noción de población también vemos perfilarse una partición en la cual el pueblo aparece de manera general como el elemento resistente a la regulación de la población, el elemento que trata de sustraerse al dispositivo por cuyo conducto la población existe, se mantiene y subsiste, y lo hace en un nivel óptimo. *La oposición pueblo/población es muy importante.* [...] La relación población-pueblo no es similar a la oposición sujeto obediente-delincuente” (Foucault, 2006: 65-66, la itálica es nuestra)

En consecuencia, frente al sujeto de la biopolítica reaparece el sujeto de la política, es decir de la soberanía, tal como lo señala Foucault en el mismo curso cuando marca como el correlato del poder soberano a “la multiplicidad de un pueblo” (Foucault, 2006: 27).

La progresiva gubernamentalización del Estado consiste en la progresiva instrumentalización de la ley y la decisión soberana y su subordinación a los mandatos de la norma, la economía política y el gobierno técnico de la población, es decir la subordinación de la política a la gestión.

Pues bien, si esto es así, y la política contemporánea se ha vuelto biopolítica - gestión de la población, pensar las posibilidades de invertir esta relación nos lleva a pensar la resistencia a partir del concepto de “contra-conducta” y del sujeto mismo de la resistencia, *i.e.* el pueblo.

La población es por definición el sujeto del gobierno estadístico, el sujeto de conducta y de conducción, no es un sujeto de voluntad sino que es aquel sujeto de necesidades naturales que reacciona naturalmente frente a los cambios producidos en el medio en que habita: “los dispositivos de seguridad trabajan, fabrican, organizan, acondicionan un medio. [...] El medio es una cantidad de efectos masivos que afectan a quienes residen en él. [...] Y el medio aparece por último como un campo de intervención donde, en vez de afectar a los individuos como *un conjunto de sujetos de derecho capaces de acciones voluntarias –así sucede con la soberanía-* [...] se tratará de afectar, precisamente, a una población. Me refiero a una multiplicidad de individuos que están y sólo existen profunda, esencial, biológicamente ligados a la materialidad dentro de la cual existen.”. (Foucault, 2006: 41-42, la itálica es nuestra)

Pues bien, si la población es el sujeto de la conducta, el pueblo -en tanto que resistencia- debe ser pensado a partir del concepto de contra-conducta o mejor aún de ‘movimiento de contra-conducta’ que Foucault define en la clase del 1º de marzo de la siguiente manera: “son movimientos cuyo objetivo es otra conducta, es decir: querer ser conducidos de otra manera, por otros conductores y otros pastores, hacia otras metas y otras formas de salvación, a través de otros procedimientos y otros métodos. Y son además movimientos que procuran –eventualmente, en todo caso- escapar a la conducta de los otros y definir para cada uno la manera de conducirse” (Foucault, 2006: 225)

Por lo tanto, el pueblo sería el sujeto de voluntad política que se resiste a ser gobernado como población, como sujeto natural, reivindicando para sí la facultad de gobernarse a sí mismo en tanto que sujeto de decisión soberana. En este sentido, el pueblo aparece como el sujeto capaz de invertir las relaciones de dominante-subordinada al interior del triángulo soberanía-disciplina-gobierno.

Sin embargo, con el fin de comprender qué entiende Foucault por el concepto de pueblo habría que recurrir al lugar de su obra donde esta categoría ocupa un lugar más notorio.

A comienzos de la década del ’70 cuando aún no había forjado la noción de biopolítica, Foucault utilizaba el concepto de “pueblo” acentuando su significado plebeyo, a la vez que identificaba como una de las principales estrategias de la burguesía, la división entre plebe proletaria y plebe no proletaria; dicha estrategia consistía básicamente en la creación de una contraposición y enfrentamiento al interior del mismo pueblo expresada en la distinción entre asalariados y delincuentes, que como método de defensa contra la sedición, era capaz de anular al pueblo en tanto sujeto de una voluntad política común<sup>5</sup>.

En ese sentido, “pueblo” denota un modo de resistencia que se sustrae y enfrenta tanto a la dicotomía obediente/delincuente como a su tratamiento como población, y lo hace como sujeto de voluntad.

Ante el gobierno, que guiado por un saber económico cuya función es gestionar a través de cierta verdad sobre los modos de manejar la población, la toma como sujeto económico-natural, el pueblo es quien reclama para sí el derecho de gobernarse a sí mismo impugnando el hecho de ser tratado como población.

---

<sup>5</sup> Cf. Foucault, 1992: 61.



Por lo tanto, podrá postularse la siguiente hipótesis de investigación: si biopolítica y liberalismo aparecen como la forma dominante de las relaciones de poder, lo que resiste a ellas, lo que pretende afirmarse como otro modo de ejercicio del poder, o contrapoder, es lo que conocemos como el poder del pueblo. Es así que esta hipótesis de lectura nos permite pensar bajo una nueva óptica la brecha que separa al liberalismo de la democracia a partir de la oposición entre biopolítica y política, entre población y pueblo. Con este fin hemos explorado la obra de Giorgio Agamben en busca del modo en que éste ha tratado la oposición entre pueblo y población, y entre derecho y biopolítica, para lo cual recurrimos nuevamente a Foucault y además a Hannah Arendt.

## **Hannah Arendt y la biopolítica foucaultiana: convergencias, divergencias y complementariedades a partir de la interpretación de Giorgio Agamben**

En *Homo Sacer I* Giorgio Agamben señala a *La Condición Humana* y *Los Orígenes del Totalitarismo* de Hannah Arendt como dos antecedentes fundamentales para la comprensión de la biopolítica foucaultiana.

No obstante, el autor italiano hace foco sobre la dificultad que entraña el estudio de la biopolítica marcando la complementariedad implícita que existen entre las ya clásicas obras de Arendt y los cursos de Foucault en los años 1976, 1978 y 1979; de este modo, señala lo siguiente: “el hecho que la investigación de Arendt no haya tenido prácticamente continuidad y el de que Foucault pudiera emprender su trabajo sobre biopolítica sin ninguna referencia a ella, constituye todo un testimonio de las dificultades y de las resistencias con que el pensamiento iba a tener que enfrentarse en este ámbito. Y a estas dificultades se deben, probablemente, tanto el hecho de que en *The Human Condition* la autora no establezca conexión alguna con los penetrantes análisis que había dedicado con anterioridad al poder totalitario (en los que falta por completo la perspectiva biopolítica), como la circunstancia, no menos singular, de que Foucault no haya trasladado nunca su investigación a los lugares por excelencia de la biopolítica moderna: el campo de concentración y la estructura de los grandes Estados totalitarios del siglo XX” (Agamben, 2002a: 12).

En nuestra investigación hemos señalado, a través del análisis de esta hipótesis agambeniana, algunos aspectos del alcance de la convergencia de la teoría arendtiana de la primacía contemporánea de la labor con el enfoque biopolítico de Foucault.

En este sentido, pretendimos demostrar no sólo la afinidad de las que son, quizás, las dos teorías políticas más innovadoras del siglo XX, sino también de qué modo Arendt constituye un antecedente clave para la comprensión de la biopolítica a la vez que el análisis foucaultiano del neoliberalismo es la explicación del desarrollo histórico de aquello que Arendt vislumbró en su fundamento y existencia previa a la instauración hegemónica del modo de gobierno neoliberal.

Por otro lado, hemos intentado matizar la afirmación agambeniana según la cual Arendt carece de una perspectiva biopolítica y Foucault de un análisis de los Estados

totalitarios del siglo XX. Si bien es cierto que Arendt no utiliza la categoría de biopolítica - puesto que es un invento posterior de Foucault-, esto obedece sólo a razones históricas; de hecho, su análisis de la labor pertenece enteramente a lo que hoy consideramos el campo de la biopolítica. Asimismo, no es cierto que Foucault no se ocupe del totalitarismo nazi y soviético, puesto que los considera la exacerbación y desarrollo de una lógica política –la biopolítica-, contenida ya en el modo de gobierno liberal del siglo XIX y llevada a su paroxismo por el neoliberalismo reinante luego de la caída del muro de Berlín.

Por lo tanto, si por un lado Arendt se ocupa del modo en que la vida biológica, a través de la centralidad que adquiere el *homo laborans*, se convierte en el eje del problema político contemporáneo, por otro lado, Foucault demostrará de qué manera este hecho excede los límites temporales de los llamados Estados totalitarios mostrando cómo los Estados liberales del pasado y los neoliberales del presente también se encuentran signados por este acontecimiento fundamental para la política contemporánea.

Según Arendt, la Edad Moderna es aquella en la cual hace su aparición la esfera social, que no es ni pública ni privada, y cuya consecuencia es la dificultad para distinguir lo que pertenece al ámbito de la familia y al de la política, es decir: lo que corresponde a la necesidad y a la conservación de la vida biológica y lo que pertenece al mundo común de la acción y la libertad humana: “para nosotros esta línea divisoria ha quedado borrada por completo, ya que vemos el conjunto de pueblos y comunidades políticas a imagen de una familia cuyos asuntos cotidianos han de ser cuidados por una administración doméstica gigantesca y de alcance nacional” (Arendt, 2008:42). Este cambio se ve reflejado en la emergencia de la economía política, disciplina que para el pensamiento antiguo hubiera sido una contradicción que llevaría a mezclar los ámbitos de la necesidad y de la libertad e incluso a invertir la clásica distinción. Así, “la libertad está localizada en la esfera de lo social, y la fuerza o violencia pasa a ser monopolio del gobierno” (Arendt, 2008:43).

Una de las tesis de Arendt respecto de nuestra época indica la tendencia al recubrimiento entre la esfera pública y la doméstica, ya que “la sociedad siempre exige que sus miembros actúen como si lo fueran de una enorme familia con una sola opinión e interés” (Arendt, 2008:50). La consecuencia de este auge de lo social y la correlativa decadencia de la familia consiste en “la absorción de la unidad familiar en los correspondientes grupos sociales” (Arendt, 2008:51).

Aquí debemos señalar los aspectos en que convergen y se distancian los autores que nos ocupan. La convergencia de sus teorías reside en la preponderancia que adquiere lo doméstico en la disposición política contemporánea. Sin embargo, ambas teorías divergen en el modo en que explican este acontecimiento ya que Foucault señala una ruptura clave en el pensamiento y práctica de la política a mediados del siglo XVIII: la emergencia de la población<sup>6</sup>. Antes de ella asistimos a un bloqueo en el arte de gobernar que se encontraba atrapado entre dos modelos insuficientes: de un lado la soberanía y del otro la familia (Foucault, 2006:130); es así que “el arte de gobernar, hasta el surgimiento de la problemática de la población, sólo podía pensarse sobre la base del modelo de la familia y de la economía entendida como gestión de ésta” (Foucault, 2006:132).

Por lo tanto, para Foucault el acontecimiento central de la modernidad no reside tanto en la generalización del modo de administración doméstico sino en la aparición de un nuevo sujeto biológico-natural de gestión económica y biopolítica llamado población. En este contexto la familia es resignificada: “su desplazamiento del nivel de modelo al plano de la instrumentación es absolutamente fundamental” (Foucault, 2006:132). La familia celular no sólo es el producto de una campaña biopolítica sino que también será el punto de apoyo, el instrumento a través del cual el gobierno de la población se ejerza. Así, en el curso de 1978 *Seguridad, Territorio, Población* Foucault analiza la aparición en el siglo XVIII del problema de la población como objeto de saber y de gobierno: la población con sus propias regularidades. En este contexto la familia aparece como un elemento interior a la población y como instrumento privilegiado para el gobierno de la misma: “cuando se quiera conseguir algo de la población en materia de conducta sexual, demográfica, cantidad de hijos, consumo, habrá que pasar por ella. [...] Y, en efecto, a partir de mediados del siglo XVIII, la familia aparece en ese carácter instrumental con respecto a la población: surgen entonces las campañas sobre la mortalidad, las campañas concernientes al matrimonio, las vacunaciones, las inoculaciones, etc.” (Foucault, 2006:132).

Otra divergencia entre los autores que nos ocupan, que podemos señalar sin profundizar en ella, es la concepción del poder y la violencia, que Arendt contrapone explícitamente mientras Foucault oscila entre su identificación a comienzos de los años '70

---

<sup>6</sup> Según Foucault, “sujeto de necesidades, de aspiraciones, pero también objeto en manos del gobierno” (Foucault:2006:132)

y su distinción a mediados de los '80. De este modo, el concepto de gobierno es, según Arendt, un concepto prepolítico, *i.e.* que pertenece a la esfera doméstica donde hay quienes obedecen y quienes mandan. Por el contrario la esfera pública se caracteriza por la igualdad entre quienes la constituyen y por el hecho de que nadie gobierna ni es gobernado: “Ser libre era serlo de la desigualdad presente en la gobernación y moverse en una esfera en la que no existían gobernantes ni gobernados” (Arendt, 2008:45). Por el contrario, la apuesta foucaultiana consistirá en la exploración de la relación entre el gobierno de sí y el de los otros.

Sin embargo, a pesar de estas diferencias algunas coincidencias más profundas son sumamente importantes para nuestro objetivo. Arendt contrapone la acción como lo propio de la política, a la conducta que remite a la esfera social: “es decisivo que la sociedad, en todos sus niveles, excluya la posibilidad de acción, como anteriormente lo fue de la esfera familiar. En su lugar, la sociedad espera de cada uno de sus miembros una cierta clase de conducta, mediante la imposición de innumerables y variadas normas, todas las cuales tienden a ‘normalizar’ a sus miembros, a hacerlos actuar, a excluir la acción espontánea o el logro sobresaliente” (Arendt, 2008:51). La tesis contenida en esta cita es absolutamente homologable a las ideas foucaultianas relativas a la población entendida como sujeto de conducta-conducción y de la gestión normalizadora ejercida a través de un nuevo mecanismo –esencial para ambos autores-: la estadística. Como afirma Arendt, “el supuesto de que los hombres se comportan y no actúan con respecto a los demás, yace en la raíz de la moderna ciencia económica, cuyo nacimiento coincidió con el auge de la sociedad y que, junto con su principal instrumento técnico, la estadística, se convirtió en la ciencia social por excelencia” (Arendt, 2008:52-53). De manera similar, Foucault señalará la constitución de la serie gobierno-seguridad-población-economía política-estadística como aquella que hegemoniza el espacio político contemporáneo. En efecto, es a partir de la noción de medio ambiente y conducta, tal como los hemos desarrollado arriba, que se puede captar la diferencia específica del dispositivo de seguridad –conducta- del de soberanía –acción-.

En este sentido, parece asimilable el hombre entendido como ser social por Arendt al individuo foucaultiano comprendido como parte de la población al punto que ambos son el objeto de la economía política cuyos efectos son captados por ambos autores en los mismos términos aún cuando Arendt no haga uso de la categoría de biopolítica.

Así, la economía según la pensadora alemana “sólo pudo adquirir carácter científico cuando los hombres se convirtieron en seres sociales y unánimemente siguieron ciertos modelos de conducta, de tal modo que quienes no observaban las normas podían ser considerados como asociales o anormales” (Arendt, 2008:53). Citas que van en este sentido abundan en la obra del pensador francés<sup>7</sup>.

También es interesante la oposición entre estadística y acontecimiento. En efecto, Arendt afirma que “las leyes de la estadística sólo son válidas cuando se trata de grandes números o largos períodos, y los actos o acontecimientos sólo pueden aparecer estadísticamente como desviaciones o fluctuaciones” (Arendt, 2008:53). Desde una óptica foucaultiana el sujeto de los grandes números es evidentemente la población<sup>8</sup> a la cual se le opone el pueblo como aquel sujeto de la desviación o irrupción en el orden estadístico, tal como hemos expuesto arriba.

De igual manera, es interesante observar el vínculo establecido por ambos entre política e historia y biopolítica (o auge de lo social en Arendt) y post-historia. Por un lado, para Arendt, “la historia [*history*] aparece cada vez que ocurre un acontecimiento lo suficientemente importante para iluminar su pasado. Entonces la masa caótica de sucesos pasados emerge como un relato [*story*] que puede ser contado, porque tiene un comienzo y un final” (Arendt:2005: 41). Por otro lado, y en un sentido similar, Foucault sostiene la oposición entre historia (humana) y evolución (animal o post-humana) del siguiente modo: “¿Se tiene o no razón para rebelarse? Dejemos la cuestión abierta. Hay sublevación, es un hecho [...] Nadie es obligado a encontrar que esas voces confusas cantan mejor que las otras y dicen el fondo último de lo verdadero. [Pero] porque hay tales voces es por lo que justamente el tiempo de los hombres no tiene la forma de la evolución, sino de la ‘historia’” (Foucault, 1999a: 206).

---

<sup>7</sup> Cf. Foucault, 1999b y 2005.

<sup>8</sup> Es preciso notar que Arendt también señala la emergencia de la población –aunque no profundiza en ella, hasta donde sabemos, como lo hará Foucault– como el correlato de ese cambio efectuado por la política moderna según la cual se gestiona a través de la ley de los grandes números: “políticamente, quiere decir que cuanto mayor sea la población en un determinado cuerpo político, mayor posibilidad tendrá lo social sobre lo político de constituir la esfera pública” (Arendt:2008:53).

También convergen las teorías de ambos autores en la evaluación de las ciencias sociales o humanas como saberes que lejos de ser neutros implican un ideal político y un sujeto-objeto constituido por ellas: la constitución de la población, sujeto biológico de conducta: “la muy amplia pretensión de las ciencias sociales que, como ‘ciencias del comportamiento’, apuntan a reducir al hombre, en todas sus actividades al nivel de un animal de conducta condicionada” (Arendt, 2008:56).

Cabe señalar el hecho de que Arendt, al igual que Foucault en el curso de 1976, *Defender la Sociedad*, también advierte sobre la tótopolítica como reverso de la biopolítica: “la sociedad de masas, en la que el hombre como animal social rige de manera suprema y donde en apariencia puede garantizarse a escala mundial la supervivencia de la especie, es capaz al mismo tiempo de llevar a la humanidad a su extinción” (Arendt, 2008: 56).

Por último, cabe señalar la convergencia entre lo que Arendt considera la primacía de la actividad laborante y la población como el nuevo sujeto de los dispositivos biopolíticos. En efecto, aquello que Arendt llama, refiriéndose a Marx, el metabolismo entre el hombre y la naturaleza (Arendt, 2005:93) se corresponde con la relación que Foucault establece entre la población y su medio.

Es, por lo tanto, a través de estas categorías que Arendt interpreta la sociedad de consumo y el Estado de bienestar que tiene frente a sus ojos: “la labor produce bienes de consumo, y laborar y consumir no son más que dos etapas del siempre recurrente ciclo de la vida biológica” (Arendt, 2005:94). Queda establecida, entonces, la serie *Animal Laborans*-consumo-necesidad-cuerpo biológico.

En efecto, según Arendt, en su presente inmediato, la sociedad de masas implica la masificación de la sociedad por la cual la totalidad de la población tiende a identificarse con la sociedad, pues “la sociedad ya abarca todos los estratos de la población” (Arendt, 2000:212). Asimismo, establece una distinción entre sociedad y sociedad de masas, siendo esta última aquella que convierte todos los objetos en objetos de consumo. Así sucede con los objetos culturales creados por la industria del entretenimiento ya que “la sociedad de masas no quiere cultura sino entretenimiento” (Arendt, 2000:217).

En este punto Arendt es clara al señalar que el consumo (aunque sea de entretenimiento) remite siempre al nivel biológico de los individuos y de la especie, es

decir se halla íntimamente relacionado con lo que Foucault ha llamado biopolítica: “Los productos necesarios para el entretenimiento son útiles para el proceso vital de la sociedad, aún cuando para la vida puedan no ser tan imprescindibles como el pan y la carne” (Arendt:2000: 217)<sup>9</sup>.

Por otra parte, Arendt también se ocupa de aquello que llegará a ser uno de los hallazgos clave del funcionamiento del biopoder: el doble vínculo con el cuerpo individual y el cuerpo de la especie. En consonancia con esto resume Arendt: “La gran usuaria y consumidora de objetos es la propia vida, la vida del individuo y la vida de la sociedad como un conjunto” (Arendt, 2000:220).

En este sentido, Arendt propone una explicación convincente –y convergente con el diagnóstico foucaultiano- de su actualidad al interpretarla, a partir de la hegemonía del *homo laborans* y su modo de habitar el mundo, a través del eslogan *pan y circo*<sup>10</sup>, es decir, según el par constituido por el eje consumo-entretenimiento, que siguiendo a Agamben y a su lectura de Debord, puede traducirse en la amalgama de la sociedad de consumo y la sociedad del espectáculo.

En este punto es que puede afirmarse que las investigaciones de Foucault sobre el neoliberalismo continúan y complementan los hallazgos arendtianos y la interpretación agambeniana que, debe señalarse, es anterior a la publicación francesa de los cursos que nos ocupan.

Para el pensador francés, la nuestra ya no es una época dominada por el par consumo-entretenimiento (que corresponde paradigmáticamente al Estado de bienestar) sino que con el neoliberalismo nace la sociedad de competencia compuesta por sujetos emprendedores, *i.e.* empresarios de sí, que compiten por la supervivencia.

Sin embargo, no debe interpretarse la emergencia del *homo oeconomicus* neoliberal como la negación absoluta del *homo laborans* sino como el resultado de la emergencia de la sociedad de consumo que “lleva a la ruina todo lo que toca” (Arendt, 2000: 223). Sociedad o población cuyas necesidades se volvieron infinitas a la vez que la posibilidad de

---

<sup>9</sup> ¿Cuál es su utilidad desde la perspectiva biológica o biopolítica? Arendt señalará que “como el trabajo y el sueño, el entretenimiento es una parte indiscutible del proceso de la vida biológica” (Arendt, 2000:217).

<sup>10</sup>“*Panis et circenses*, es verdad, van juntos; ambos son necesarios para la vida, para su conservación y recuperación, y ambos se desvanecen en el curso de su proceso vital, es decir, hay que producirlos y ofrecerlos una y otra vez para que el proceso no se cierre para siempre” (Arendt, 2000:218).



satisfacerlas es incompatible con la posibilidad de producción de bienes de consumo para todos, ya que a una necesidad infinita le corresponde la posibilidad siempre finita de la satisfacción.

Así, el pasaje de la sociedad de consumo a la de competencia marca, entonces, no la sustitución de una por la otra sino la complejización del mundo contemporáneo. Como señala Foucault “no una sociedad de supermercado: una sociedad de empresa. El *homo oeconomicus* que se intenta reconstituir no es el hombre del intercambio, no es el hombre consumidor, es el hombre de la empresa y la producción” (Foucault, 2007:182).

Asistiríamos a una bipolaridad en uno de cuyos extremos se encontraría la serie consumo-entretenimiento y en el otro la de competencia-seguridad. La consecuencia tal vez más radical que pueda extraerse de esta bipolaridad es la completa politización de lo social, *i.e.* el hecho de que sea un asunto de interés público la supervivencia biológica tanto de la especie como de aquellos individuos rezagados en la competencia por la supervivencia.

Aquellos temas que no debieran ser objeto de debate, según Arendt se vuelven de interés vital en un mundo constituido por el binomio consumo-competencia: “no debería haber debate alguno alrededor de la cuestión de que todo el mundo deba tener un alojamiento adecuado” (Arendt, 2005:153) como tampoco respecto de la posibilidad de alimentarse y tener acceso al agua, etc. Sin embargo, la realidad de un mundo que es hábitat del *homo laborans* devenido *homo oeconomicus*, con necesidades infinitas imposibles de ser satisfechas, muestra un presente signado no sólo por la animalización del hombre y su correlativo interés primordial por la reproducción de su vida biológica, sino también por la lucha desatada para alcanzar su supervivencia biológica y la de la especie.

Una lectura del presente desde una perspectiva foucaultiana sugiere, y esto en clara oposición con Arendt, la imposibilidad de separar tan tajantemente lo político de lo social en un mundo regido por políticas económicas neoliberales, ya que el *deber ser* arendtiano relativo a la propiedad y la satisfacción de necesidades naturales no sólo no coincide sino que ante todo es incompatible con el *deber ser* de la libertad de mercado postulada como ideal por el neoliberalismo, tanto en su vertiente alemana como norteamericana.

Es precisamente este conflicto por lo que *debe ser* lo que convierte, desde una perspectiva foucaultiana, a las cuestiones sociales en cuestiones políticas o mejor, biopolíticas, ya que no existen desde este enfoque cuestiones neutras que, como afirma

Arendt, “pudiéramos resolver con certeza” (Arendt, 2005:152), sin aceptar antes un conjunto de valores, medios y fines que la genealogía -específicamente la relativa a la libertad de mercado liberal- tiene por finalidad volver objetos de disputa política.

Por lo señalado hasta aquí podemos afirmar que si bien la lectura de Agamben de la biopolítica foucaultiana pasada a través del tamiz arendtiano permite establecer un vínculo entre ambos pensadores, la diferencia entre Estado de Bienestar y neoliberalismo introduce una matriz diferente de análisis respecto de aquella cuya preocupación central se apoya en el estudio de los totalitarismos y su relación con la sociedad de masas regida por el dispositivo del consumo y el espectáculo. Por lo tanto, nuestra investigación ha debido ahondar en la filosofía de Agamben con el fin de problematizar el modo en que éste trata la relación entre pueblo y población para comprender no sólo la oposición entre derecho y biopolítica sino también para descubrir que el modo en que Foucault tematiza esta oposición abre una perspectiva diferente para pensar el derecho y la resistencia.

## Foucault y lo político: un contrapunto entre Agamben y Foucault

En *El Reino y la Gloria* Giorgio Agamben señala las analogías que existen entre el análisis foucaultiano del devenir histórico de la guerra de razas y aquel que Schmitt lleva a cabo en su artículo *Estado, movimiento, Pueblo*. Este argumento es continuado en el artículo *Movimiento* cuyo fin es indagar la definición de este concepto. Para ello Agamben retoma la argumentación desarrollada en *Homo Sacer III* según la cual en la genealogía de Foucault la distinción entre pueblo y población constituiría la cesura fundamental que divide el terreno biopolítico al transformar el cuerpo político (pueblo) en cuerpo biológico (población). Así, “cada pueblo se dobla en población, cada pueblo *democrático* es, al mismo tiempo, un pueblo *demográfico*” (Agamben, 2002b: 84).

De esta transformación derivaría la necesidad del movimiento como forma política que encuentra su propia politicidad marcando una cesura interna al cuerpo biopolítico. Su función en tanto movimiento político es identificar a un enemigo dentro del pueblo devenido población. En consecuencia, Agamben afirma que el “movimiento decide políticamente sobre lo impolítico” (Agamben, 2003). Al pueblo le corresponde la decisión sobre la población. No obstante, si bien en el artículo ya mencionado Schmitt, identificándose con el nazismo, adhiere políticamente al racismo como modo de realizar la cesura y arriba a consecuencias teóricas coincidentes con aquellas que Foucault critica en *Defender la Sociedad*, Agamben sostiene que igualmente esta decisión puede recaer, como en la actualidad, en una administración gubernamental de las poblaciones marcando la continuidad esencial existente entre el nazismo y las organizaciones liberal democráticas. De ahí que el *campo* funcione como paradigma biopolítico capaz de explicar la función de dar la muerte en el contexto de un poder de hacer vivir, lo que equivale a la identificación entre biopolítica y tánatopolítica. Surge entonces la cuestión acerca de la función de politización a través del movimiento en el marco de una “intrínseca politicidad de lo biopolítico, que es ya profundamente político” (Agamben, 2003) y que no requeriría, según Agamben, de un *plus* de politización aportado por el movimiento.

Veamos, entonces, en qué sentido la genealogía foucaultiana nos puede aportar algunos elementos para repensar y matizar la relación entre los conceptos de pueblo y

población, movimiento y biopolítica, pues lo que se pone en juego aquí, para retomar el título de un artículo de Foucault, es la utilidad de la sublevación<sup>11</sup>.

Tomemos como hilo conductor de nuestra indagación la siguiente indicación que da Foucault en *Seguridad, Territorio, Población* y a la cual ya hemos hecho referencia: “(...) en ese dibujo que comienza a esbozar la noción de población también vemos perfilarse una partición en la cual el pueblo aparece de manera general como el elemento resistente a la regulación de la población, el elemento que trata de sustraerse al dispositivo por cuyo conducto la población existe, se mantiene y subsiste, y lo hace en un nivel óptimo. La oposición pueblo/población es muy importante. [...] no es similar a la oposición sujeto obediente-delincuente.” (Foucault: 2006: 65-66).

Tres ideas contenidas en esta cita deben ser señaladas. En primer lugar, el pueblo aparece como el sujeto de la resistencia a la biopolítica desde el momento inicial del proceso de tendencial hegemonía biopolítica. En segundo lugar, el pueblo emerge como el sujeto de una relación antagónica. Por último, la oposición pueblo- población permite echar luz a la relación entre lo policial y lo político<sup>12</sup> a partir de su distinción con la oposición sujeto obediente-delincuente. Por lo tanto, aparece la cuestión de la resistencia en relación con la de la lucha en un plano diverso de aquel que distribuye los sectores poblacionales entre delincuentes y obedientes.

En cuanto a la resistencia Foucault señala que habría que “tomar las formas de resistencia contra diferentes tipos de poder en su momento inicial. Para usar otra metáfora, consistiría en usar esta referencia como si fuera un catalizador químico que ilumine las relaciones de poder [...] en analizar las relaciones de poder a través de un antagonismo de estrategias” (Foucault: 2001: 243-244).

Por lo tanto, cabe señalar que desde el inicio no sólo el pueblo se transforma en población sino que deviene el sujeto de la resistencia a ser tratado como población a partir de una relación antagónica que permitirá echar luz sobre la biopolítica liberal.

Como hemos expuesto más arriba, en *Seguridad, Territorio, Población* la oposición entre poder y resistencia es conceptualizada a partir de las categorías de conducta y

---

<sup>11</sup> Cf. Foucault, 1999a.

<sup>12</sup> Para esta distinción cf. Rancière, Jacques (1996) *El desacuerdo. Política y Filosofía*, Buenos Aires, Ed. Nueva Visión y Rancière, Jacques (2000) “Biopolitique ou politique?”, entrevista con Eric Alliez, *Multitudes I*, <http://multitudes.samizdat.net/spip.php?article210>

movimientos de contra-conductas, estos últimos definidos como movimientos cuyo objetivo es ser conducidos de otro modo, por otros pastores, hacia otras metas y mediante otros procedimientos (Foucault, 2006: 225). Tenemos aquí la misma relación entre resistencia y movimiento aunque aparentemente ahora no pueda oponerse el pueblo al movimiento tal como lo hacía Agamben. No obstante, la distinción entre pueblo como *populum* y pueblo como plebe, también analizada en *Homo Sacer I*, ayuda a comprender el sentido que adquiere el concepto de pueblo como sujeto de la resistencia política a la biopolítica al abrir el juego antagónico entre los movimientos populares-plebeyos de contra-conducta y los mecanismos de producción y gestión del pueblo *qua* población. Lo plebeyo, en efecto “es el movimiento centrífugo, la energía inversa, lo no apresable. [...] no es tanto lo exterior en relación a las relaciones de poder, cuanto su límite, su anverso, su contragolpe; es lo que responde en toda ampliación del poder con un movimiento para desgajarse de él; es pues aquello que motiva todo nuevo desarrollo de las redes de poder” (Foucault, 1992b:177).

De este modo, obtenemos una conclusión similar a la extraída por Agamben: en un cuerpo biopolítico profundamente politizado emerge un *plus* de politización aportado por los movimientos de contra-conducta. Sin embargo, a estos dos modos de politización subyace, según nuestra lectura de Foucault, la distinción entre lo político y policial, es decir entre el modo policial de gestión biopolítica de la población y el modo político de puesta en acto del conflicto que atraviesa a todo orden policial gubernamental entendido como el modo de continuación de la guerra por otros medios<sup>13</sup>.

Para comprender el sentido de este uso del concepto “político” Foucault propone distinguirlo de otros dos usos tradicionales –uno de los cuales atribuye a Schmitt<sup>14</sup>- que a su juicio son incorrectos. El primero de ellos señalaría que todo es político debido a que directa o indirectamente el Estado está en todas partes. La segunda de ellas sostendría que

---

<sup>13</sup> Para esta definición *cf.* Foucault, 2000:28.

<sup>14</sup> Desde nuestra óptica esta atribución es inexacta en la medida en que Carl Schmitt señala por una parte, que “la equiparación de ‘estatal’ y ‘político’ es incorrecta y errónea” (Schmitt, 2004:174) en tanto que la misma sólo pertenece al Estado total para el cual todo es político. Por otra parte, cabe señalar que para el jurista alemán sería más conveniente afirmar que todo es politizable en tanto la relación amigo-enemigo es táctica y circunstancial y por lo tanto, no es omnipresente, puesto que “lo ‘político’ puede extraer su fuerza de los más diversos sectores de la vida humana, de contraposiciones religiosas, económicas, morales o de otro tipo; no indica, en efecto, un área concreta particular sino sólo el *grado de intensidad* de una asociación o de una disociación de hombres, cuyos motivos pueden ser de naturaleza religiosa, nacional (en sentido étnico o cultural), económica o de otro tipo y que pueden causar, en diferentes momentos, diversas uniones y separaciones” (Schmitt, 2004: 187).

todo es político debido a la omnipresencia de una lucha entre dos adversarios reagrupados en torno de la distinción amigo-enemigo. Frente a estas definiciones Foucault, en un manuscrito del año 1979 citado por Senellart, conceptualiza lo político de la siguiente manera: “Nada es político, todo es politizable, todo puede convertirse en política. La política es, ni más ni menos, lo que nace con la resistencia a la gubernamentalidad, la primera sublevación, el primer enfrentamiento” (Foucault, 2006: 451). En efecto, es clara la referencia por un lado, a la primacía de la resistencia para pensar el lugar de lo político y por otro, la alusión al vínculo antagónico-político entre diferentes gubernamentalidades. Es en este sentido que Foucault al finalizar el curso *Nacimiento de la Biopolítica* reinterpretará el triángulo de la racionalidad política moderna en términos de combate entre las tres diferentes artes de gobernar que lo componen: arte de gobernar en la verdad, arte de gobernar en la racionalidad del Estado soberano, arte de gobernar en la racionalidad de los agentes económicos (Foucault, 2007: 358).

Según nuestra hipótesis este combate entre gubernamentalidades alternativas debe ser interpretado a la luz de la inversión de la sentencia de Clausewitz cuya función es desactivar el dispositivo hobbesiano según el cual el Estado de derecho sería producto de un pacto capaz de dar lugar a un derecho neutral que se pone como un tercero imparcial por sobre las partes en conflicto. Si el dispositivo hobbesiano tiene como enemigo declarado el discurso de la guerra del historicismo político, por el contrario, el elogio foucaultiano de la guerra de razas pretende rescatar la tradición de aquellos que intentaron “hacer funcionar el saber histórico en la lucha política” (Foucault, 2000: 94). En efecto, entre el elogio de la guerra de razas, entendidas como culturas, naciones, pueblos y la crítica al racismo del siglo XX existe una importante brecha que es aquella que separa al discurso histórico político del biológico biopolítico.

Este elogio del discurso de la guerra y del historicismo político debe situarse en el marco más amplio de la crítica foucaultiana al concepto de derecho formal neutral que se extiende desde la discusión con Chomsky en torno de la revolución<sup>15</sup> y el debate con los maos acerca de la forma tribunal<sup>16</sup> pasando por *La verdad y las formas jurídicas* en que se explora el modelo de la prueba<sup>17</sup> hasta *Nacimiento de la biopolítica*<sup>18</sup> en donde se refiere al

---

<sup>15</sup> Cf. Foucault, 2006b.

<sup>16</sup> Cf. Foucault, 1992.

<sup>17</sup> Cf. Foucault, 2003.

derecho del pueblo por oposición al Estado de derecho neoliberal conceptualizado en términos de marco (reglas de juego) que da lugar a una concepción del poder judicial como medio de regulación social. En este recorrido que proponemos puede verse el interés foucaultiano por restituir el dos de la lucha frente al esquema que propone una tercera instancia supuestamente neutral.

En consecuencia sostenemos que desde esta perspectiva debe ser interpretado el análisis llevado a cabo en las clases del 31 de enero y del 7 de febrero de 1979. Según éste, la estrategia argumental de legitimación del neoliberalismo consistió en tres momentos convergentes. En primer lugar se trató de identificar la experiencia nazi como el enemigo que se debía combatir (Foucault, 2007: 135). Con este fin de oponerse a un enemigo principal se lo postuló como el paradigma de las consecuencias que se seguirían de la planificación y el intervencionismo estatal en la economía estableciendo un vínculo necesario entre nazismo y *Welfare State* (Foucault, 2007: 141). Por último, fundándose en la idea de que sólo un Estado que establezca a la vez las libertades y las responsabilidades de los ciudadanos puede legítimamente representar a un pueblo (Foucault, 2007: 102) se recurrió a la deslegitimación de la pretensión nacionalsocialista de representar al pueblo alemán (Foucault, 2007: 104).

Se comprende entonces el sentido en que la sociedad neoliberal está profundamente politizada en la medida en que es el resultado de la victoria frente a un enemigo –el intervencionismo estatal y al planificación económica- identificado con el nazismo como su expresión paradigmática. Ahora bien debe también tenerse presente que esta profunda politización del cuerpo biológico de la población coincide con una radical despolitización de la misma a través de una neutralización de la política bajo el dominio de la sociedad de empresa y la sociedad judicial (Foucault, 2007: 187). Es frente a esta neutralización biopolítica que cobran sentido los conceptos de movimiento y de pueblo como aquellos capaces de restituir la dimensión propiamente política, *i.e.* conflictiva, en una sociedad en la que su profunda politización coincide con la máxima despolitización, pues la lucha deviene competencia entre empresas y litigio judicial.

En este sentido, Foucault señala que la aceptación de “la continuidad genética, de implicación evolutiva entre diferentes formas estatales, el Estado administrativo, el Estado

---

<sup>18</sup> Cf. Foucault, 2007.

benefactor, el Estado burocrático, el Estado fascista, el Estado totalitario, todos los cuales son –según los análisis, poco importa- las ramas sucesivas de un solo y el mismo árbol que crece en su continuidad y su unidad y que es el gran árbol estatal” (Foucault, 2007: 219) es posibilitada por la asunción acrítica de lo que denomina “fobia al Estado” y que da lugar a un análisis que diluye la especificidad del objeto en cuestión permitiendo el deslizamiento desde el estudio de la seguridad social y “gracias al juego con algunas palabras, al análisis de los campos de concentración” (Foucault, 2007: 220).

En consecuencia podemos concluir que no es teóricamente conveniente derivar de un modo específico de aparición de la función política “movimiento” la matriz paradigmática de toda oposición política a la biopolítica.

En este punto es útil considerar el modo en que Foucault analiza la experiencia nacionalsocialista. Si en el curso *Defender la Sociedad* se había mostrado de qué manera éste había recodificado la cuestión de la guerra de razas en términos biológico-racistas marcando cierta continuidad con respecto de la matriz eugenésica liberal, por el contrario en *Nacimiento de la Biopolítica* se mostrará aquello que hace inaceptable, desde una perspectiva neoliberal, al nazismo: “lo que se impugnaba era todo el Estado de derecho económico del pueblo” (Foucault, 2007: 206). De este modo, se evidencia cómo la convergencia de estas dos tendencias, la del racismo de Estado y la de la planificación económica estatal, lejos de obedecer a una teleología del Estado aparece como una singularidad histórica que debe ser analizada en su especificidad si no se pretende caer en la trampa tendida por la estrategia de legitimación neoliberal que consiste en lo que Foucault denomina “una descalificación general por lo peor, habida cuenta de que, sea cual fuere el objeto del análisis [...] siempre se lo puede remitir, en nombre de un dinamismo intrínseco del Estado y de las formas últimas que ese dinamismo puede asumir, a algo que va a ser lo peor; pues bien, se puede descalificar lo menos por lo más y lo mejor por lo peor” (Foucault, 2007: 220)

En efecto, podemos afirmar que del mismo modo que el rechazo del Estado racista del siglo XX no impedía hacer el elogio del discurso de la guerra de razas, la oposición al nazismo en tanto que lo peor no debería ser un motivo para descalificar si no lo mejor lo que no es similar. En este sentido, es sumamente interesante el hecho de que en el momento en que Foucault se refiere al “derecho económico del pueblo” al hablar del nazismo



Senellart, editor del curso *Nacimiento de la Biopolítica*, en una nota al pie de página señala: “*Sic*. El sentido de esta expresión es bastante oscuro” (Foucault, 2007: 206). Cabe preguntarse en qué reside su oscuridad. A nuestro entender la oscuridad se encuentra en la claridad con la que Foucault le asigna un sentido a la expresión al señalar que “el origen del derecho era el pueblo y no el Estado, que no podía ser otra cosa que la instrumentalización de la voluntad popular, lo cual descartaba por completo que pudiese ser sujeto de derecho entendido como principio de derecho o como una persona susceptible de ser convocada ante un tribunal cualquiera” (Foucault, 2007: 206)

Creemos que la oscuridad de tanta claridad descansa en que Foucault retoma, para referirse al nazismo, un concepto -el de derecho del pueblo- que en varias ocasiones había defendido<sup>19</sup>. De este modo, la oscuridad es el reflejo de la claridad con que se puede vincular la anterior cita con la siguiente impugnación de la forma tribunal: “Esta idea de que está formado [el tribunal] por personas que son neutras en relación a las dos partes, que pueden juzgarlas en función de ideas de justicia que son absolutamente válidas y que sus decisiones deben ser ejecutadas, pienso que todo esto va de todas formas muy lejos y me parece extraño a la misma idea de justicia popular. En el caso de una justicia popular, no tienes tres elementos, tienes las masas y sus enemigos” (Foucault, 1992: 56)

No obstante, la oscuridad se desvanece, creemos, si se acepta la crítica foucaultiana a la descalificación general por lo peor y se rechaza el dispositivo neoliberal que postula el teleologismo estatal. De este modo, defender el derecho, en este caso económico, del pueblo y la intervención estatal en la economía no debería significar una adhesión al nazismo, sobre todo a su política racista. Lo mismo sucedería con la categoría de “movimiento”, pues respecto de ésta no debería establecerse un vínculo esencial con la de “racismo” y “partido”. Si, como señala Agamben, Schmitt funda la cesura llevada a cabo por el movimiento nacionalsocialista en la identidad de especie, *i.e.* en el racismo, y afirma el nexo entre movimiento y partido al sostener que es el “elemento político dinámico que encuentra su forma específica en la relación con el Partido Nacional Socialista y su dirección” (Agamben, 2003) por el contrario, creemos que hay indicios ciertos para pensar en un intento foucaultiano de separar los conceptos de racismo, movimiento y partido. En efecto, si la categoría de “movimiento” suele ser utilizada para caracterizar al concepto de

---

<sup>19</sup> Para la identificación de estos momentos *cf. supra* notas 15-18.

resistencia, las de racismo y partido suelen aparecer vinculadas al origen del Estado totalitario (Foucault, 2007: 224) que permite distinguir entre dos gubernamentalidades alternativas: una gubernamentalidad estatizante y una gubernamentalidad de partido. La primera de las cuales implicaría un crecimiento del Estado mientras que la segunda sería un subtipo de una disminución de la gubernamentalidad de Estado de la cual la gubernamentalidad liberal sería otro.

Hasta donde sabemos Foucault no se ha detenido demasiado en esta problemática. Sin embargo, tal vez las siguientes sirvan como indicaciones para abordarla: por un lado, la caracterización de la revolución iraní como la más moderna rebelión fundada en un movimiento islámico que lejos de ser un movimiento racista es caracterizado con el concepto de “espiritualidad política”; por otro, el modo en que interpreta el vínculo entre el líder espiritual y el pueblo como un vínculo no mediado por el partido ya que “Jomeini *no es un político*: no habrá un partido de Jomeini, no habrá gobierno Jomeini. Jomeini es el punto de sujeción de una voluntad colectiva” (Foucault, 2000: 716)<sup>20</sup>. De este modo, obtenemos una indicación respecto del sentido que puede tener un movimiento de resistencia no racista ni mediado por un partido pero que conserva la dimensión político antagónica por la cual se establece una cesura interna al cuerpo de la población señalando un enemigo y poniendo en cuestión la pretensión de un derecho formal neutral.

Por lo tanto, en el proceso de nuestra investigación hemos intentado demostrar que de lo que se trataba en la problematización del concepto de “movimiento” era de la utilidad de la sublevación, de ese *plus* de politización dentro de una sociedad profundamente politizada. Ya desde el título mismo de su artículo Foucault señala el contrasentido de plantear la utilidad de la sublevación o, lo que es similar, de postular que como lo biopolítico es ya profundamente político no requiere ser politizado a través del movimiento. Es un rasgo característico de la población el ser un cuerpo dócil políticamente y útil económicamente mientras que lo es del pueblo -como lo evidencia el modo en que Foucault presenta la oposición pueblo/población a partir del análisis de la revuelta y el acaparamiento tal como la describe Abeille- la indocilidad política y la irracionalidad económica respectivamente (Foucault, 2008: 64).

---

<sup>20</sup> Las traducciones de las citas sobre Irán extraídas de *Dits et Écrits II*, corresponden a Tomás Kauf y fueron tomadas de su traducción de la biografía escrita por Eribon (1999).

Como indica Foucault “hay sublevación, es un hecho” y aunque nadie esté obligado a acordar con ella y nadie puede ser obligado a solidarizarse con ella es preciso ser respetuoso cuando una singularidad se subleva. Por lo tanto, creemos que negar la posibilidad de politización de una parte en nombre de la profunda politización despolitizadora del todo es negar la dimensión de la lucha a través de la cual la subjetividad se introduce en la historia para ser conducida de otra manera, hacia otros fines, por otros conductores. Dicho de otro modo, la creencia en una suerte de “continuidad genética, de implicación evolutiva entre diferentes formas estatales” (Foucault, 2007: 219) impide lo político mismo entendido como el combate y el debate entre diferentes gubernamentalidades (Foucault: 2007: 358).

## Consideraciones finales

Foucault al oponer la soberanía al *biopoder* señala a la norma en su diferencia específica con la ley, como el momento a través del cual se exceptúa el derecho. Si en el plano del derecho se aseguran la libertad y la igualdad formal de los sujetos, la normalización biopolítica y las técnicas disciplinarias funcionan estableciendo jerarquías y relaciones de poder que van a contrapelo del derecho e incluso lo niegan. Es así que la progresiva instauración de los dispositivos biopolíticos en la gestión de la sociedad, regida bajo el patrocinio de la normalización de la población trastorna, hasta el punto de exceptuar, el normal funcionamiento del aparato jurídico.

Es frente a este biopoder, este nuevo poder supra e infra-jurídico y gubernamental en el sentido foucaultiano, que las prácticas resistentes de subjetivación deberán configurarse excediendo el tradicional marco jurídico de la ciudadanía. Dichas prácticas se configuran en prácticas de resistencia frente al poder de un gobierno biopolítico cuyo objeto es el tratamiento de los sujetos como población natural respaldada por un derecho pretendidamente neutral.

El análisis del pueblo como sujeto de esas prácticas y el de derecho del pueblo como aquel capaz de impugnar la dimensión jurídica en la que se sostiene el arte gobernar neoliberal han abierto la posibilidad para continuar nuestra investigación a través de la problematización de la relación entre democracia y liberalismo. En este sentido, Rancière señala lo siguiente: “todo lo que designa Foucault se sitúa en el espacio de lo que llamo la policía” (Rancière, 2000, la traducción es nuestra), es decir que faltaría en Foucault una problematización de lo que Rancière llama política.

No obstante, como hemos pretendido mostrar, el concepto foucaultiano de pueblo abriría la posibilidad de avanzar hacia la oposición entre el liberalismo y aquello que es el objeto de estudio rancieriano: la democracia; y hacia una problematización de los derechos humanos a partir de las concepciones de Foucault, Agamben y Rancière. Sin embargo, esto ya sería parte de una futura investigación que se proponga continuar a partir de los resultados hasta aquí obtenidos.

## Bibliografía principal:

- Agamben, G. (2002) *Homo Sacer I. El poder soberano y la nuda vida*. Madrid, Editora Nacional.
- Agamben, G. (2002a) *Homo Sacer I. El poder soberano y la nuda vida*, Madrid, Editora Nacional.
- Agamben, G. (2002b) *Homo Sacer III. Lo que queda de Auschwitz*, Madrid, Editora Nacional.
- Agamben, G. (2002c) *Medios sin Fin*, Madrid, Editora Nacional.
- Agamben, G. (2005d) “Movimiento”, en: URL: <http://multitudes.samizdat.net/Movement.html>.
- Agamben, G. (2008) *El Reino y La Gloria. Homo Sacer II, 2*, Buenos Aires, Adriana Hidalgo Editora.
- Arendt, H. (2008) *La Condición Humana*, Buenos Aires, Paidós.
- Arendt, H. (2005) *De la Historia a la Acción*, Buenos Aires, Paidós.
- Arendt, H. (2000) *Entre el Pasado y el Futuro*, Barcelona, Península.
- Castel, R. (1999): *Las metamorfosis de la cuestión social. Una crónica del salariado*, Argentina, Paidós.
- Castel, R. (2004) *La inseguridad Social*, Buenos Aires, Manantial.
- Chomsky, N. y Foucault, M. (2006) *La Naturaleza Humana: Justicia versus Poder*, Buenos Aires, Katz.
- Foucault, M. (1991): “De los suplicios a las celdas”, en: *Saber y Verdad*, La piqueta, Madrid.
- Foucault, M. (1992): “Sobre la justicia popular. Debate con los maos”, en: *Microfísica del poder*, La piqueta, Madrid.
- Foucault, M. (1995) “Omnes et singulatim: Hacia una crítica de la ‘razón política’”, En: *Tecnologías del yo*, Barcelona, Paidós.
- Foucault, M. (1999a): “¿Es inútil sublevarse?”, en: *Estética, Ética y Hermenéutica*, Paidós, Barcelona.
- Foucault, M. (1999b): *Vigilar y castigar*, Siglo Veintiuno editores, México.

- Foucault, M. (2000): *Historia de la Sexualidad I: la voluntad de saber*, Siglo Veintiuno editores, México.
- Foucault, M. (2001): “Post-scriptum. El sujeto y el poder”, en: Dreyfus, H. y Rabinow, P. *Michel Foucault: más allá del estructuralismo y la hermenéutica*, Nueva Visión, Buenos Aires.
- Foucault, M. (2003) *La Verdad las Formas Jurídicas*, Barcelona, Gedisa.
- Foucault, M. (2005) *El Poder Psiquiátrico*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- Foucault, M. (2006) *Seguridad, Territorio, Población*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- Foucault, M. (2007): *Nacimiento de la Biopolítica*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires.
- Rancière, J. (1996) *El desacuerdo. Política y Filosofía*. Trad. Horacio Pons. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Rancière, J. (2000) “Biopolitique ou politique?”, entrevista con Eric Alliez. *Multitudes* 1 Mar., <http://multitudes.samizdat.net/spip.php?article210>
- Rancière, J. (2002) “Peuple ou multitudes?”, entrevista con Eric Alliez. *Multitudes* 9 Jun., [http://multitudes.samizdat.net/article.php3?id\\_article=39](http://multitudes.samizdat.net/article.php3?id_article=39)